

CUADERNO ACADÉMICO

MARZO 2026 | 1

La guerra en Irán, la reconfiguración de Oriente Medio y el nuevo orden mundial



ÍNDICE:

1. Introducción.....	1
2. Irán: la respuesta europea.....	2
3. Geopolítica de Oriente Medio.....	4
4. La guerra naval del Estrecho de Ormuz.....	9
5. El eje Moscú-Teherán.....	14
6. La Furia Épica de Trump.....	19
7. Implicaciones para China.....	24
8. Operación israelí León Rugiente contra Irán: estrategia, objetivos y dinámica de una campaña conjunta.....	27
9. Los límites del poder aéreo.....	33
10. El Golfo en llamas: el dilema de la “protección a cambio de acceso”	38
11. La geoeconomía de Ormuz y la estanflación.....	43
12. La amenaza híbrida del régimen iraní.....	48
13. El no a la guerra de España.....	53

Este dossier reúne las contribuciones de analistas colaboradores del Instituto para el Bien Común Global, enfocándose en un análisis riguroso y multidisciplinario de las dinámicas contemporáneas en Irán y oriente medio.

**CUADERNO DEL INSTITUTO PARA EL
BIEN COMÚN GLOBAL**

ISBN: 979-13-87731-94-6

Edita: Universidad Francisco de Vitoria

Publicado en: Marzo 2026

INTRODUCCIÓN

El ataque conjunto de Estados Unidos e Israel al régimen iraní que comenzó el pasado 28 de febrero con el descabezamiento del régimen de los ayatolas ha dado pie a una guerra extendida a todo Oriente Medio que está afectando de forma grave al conjunto de la economía mundial.

La negativa de Irán a renunciar a su capacidad nuclear o reducir su programa de misiles en la mesa de negociaciones en un momento de máxima debilidad económica y popular del régimen tras la brutal represión a las movilizaciones de su población el pasado mes de febrero hizo pensar al primer ministro israelí, Benjamin Netanyahu y al presidente Trump que había una oportunidad para neutralizar definitivamente la amenaza que representaba el régimen de los ayatolas.

Tres semanas después del inicio del conflicto el bombardeo intensivo de la ofensiva americano-israelí ha degradado en buena medida las capacidades de defensa aérea, navales y misilísticas de Irán. Sin embargo, el régimen ha demostrado una gran resiliencia sin que por el momento de signos de derrumbarse, su estrategia de extender el conflicto a todos sus vecinos del Golfo a través de ataques indiscriminados con drones y misiles a sus infraestructuras críticas pone en cuestión la seguridad y estabilidad de una zona estratégica para el sistema energético mundial y el cierre del estrecho de Ormuz ha generado un incremento de los precios de los hidrocarburos que de prolongarse podría generar una crisis económica mundial.

Es pronto para saber cual será el resultado final de esta guerra que por el momento no parece vaya a tener un final inmediato. Si Estados Unidos e Israel logran el éxito, ya sea por un cambio de régimen, logrando doblegar a los ayatolás o anulando su capacidad de coerción a largo plazo, podría darse una reconfiguración completa de todo Oriente Medio abriendo una etapa de paz, estabilidad y prosperidad desconocida en la zona. Por el contrario, un fracaso podría dejar un régimen herido, pero probablemente aún más peligroso, decidido a reconstruir su capacidad de misiles y en la medida de sus posibilidades dotándose de armas nucleares, vaticinando nuevos episodios de guerra en un futuro no muy lejano.

En este dossier, investigadores del Instituto para el Bien Común Global analizan desde diferentes ángulos las causas, el desarrollo, los intereses en juego y las perspectivas de este conflicto que está teniendo sin duda un gran impacto global. El nuevo orden que surja de esta guerra en Oriente Medio condicionará en buena medida el nuevo orden que surja a escala mundial.



IRÁN: LA RESPUESTA EUROPEA

Adriaan Kühn

Director del Instituto Robert Schuman de Estudios Europeos de la Universidad Francisco de Vitoria

La visita del Sha de Persia a Berlín Occidental en junio de 1967 constituyó un acontecimiento fundacional para los progresistas europeos: su protesta contra la dictadura en Irán terminó en enfrentamientos callejeros con la policía y con matones del régimen iraní. Resulta paradójico que, casi 59 años después, sean ahora exiliados iraníes en ese mismo lugar quienes, portando banderas de su país, de los Estados Unidos y de Israel (!), instan a los gobiernos de la UE a contribuir a la caída del régimen de los mulás.

La comparación histórica no solo revela el rápido cambio de valores en Europa: mientras que hace una generación era la izquierda la que respondía a la injusticia y a la opresión mediante la “acción directa”, sus sucesores insisten ahora en la primacía del derecho internacional, el que Donald Trump y Netanyahu no pueden vulnerar con sus ataques militares contra Irán y sus aliados. En este sentido, la crítica interna contra la presidenta de la Comisión, Ursula von der Leyen, fue especialmente intensa, pese a que en realidad no hizo más que atreverse a señalar lo evidente: más allá de las normas, en las relaciones internacionales también operan otros factores (duros).

Naturalmente, era de esperar que, en un club de democracias altamente juridificado como lo es la UE, el debate girara también en torno a las implicaciones jurídicas de las acciones de su (antiguo) aliado, Estados Unidos. Sin embargo, tres semanas después del ataque, los europeos siguen sin avanzar en este terreno, como muestran los debates mediáticos en (casi) todos los Estados Miembros. A ello se suma la ya casi tradicional cacofonía de los miembros que, por motivos de política interna, geoestratégicos, económicos, por antiamericanismo u otras razones, no solo adoptan posiciones muy diversas, sino que además las expresan públicamente.



La guerra de Estados Unidos e Israel (dos Estados democráticos) contra Irán demuestra una vez más que una política exterior y de seguridad común de la UE existe solo sobre el papel, y que la influencia del club sobre los actores internacionales clave está disminuyendo, no aumentando.

Mientras tanto, corre el riesgo de pasar desapercibido lo que está realmente en juego para Europa en Irán y en la región, y es mucho más que “solo” la seguridad energética del continente. La UE se encamina hacia un escenario similar al de 2003 (guerra de Irak) o 2011 (guerra de Siria), en el que acabó pagando el precio de las intervenciones estadounidenses en la región en forma de masivos flujos de refugiados. El auge de partidos populistas domésticos es una consecuencia directa de estos acontecimientos.

Los debates académicos sobre el derecho internacional solo ayudan de manera limitada cuando alguien como Donald Trump se encuentra en la Casa Blanca. Será necesario desarrollar grandes capacidades en defensa, inteligencia y en el ámbito espacial, capacidades que en el futuro ni siquiera Estados Unidos pueda ignorar. Solo así Europa podrá asegurarse un lugar en la mesa de las grandes potencias.





GEOPOLÍTICA DE ORIENTE MEDIO

Josep Baqués Quesada

Investigador invitado del Instituto para el Bien Común Global

El substrato geopolítico del Oriente Medio extendido hasta Irán es complejo, debido a que, en términos huntingtonianos, incluye a sociedades pertenecientes a varias civilizaciones y subcivilizaciones. La irrupción del Estado de Israel, a partir de 1948 implicó, siempre en los términos de Huntington, la inclusión de una cuña occidental en medio de una región fundamentalmente islámica. Idea reforzada por la tesis de Stephen Walt, según la cual, la relación entre Estados Unidos e Israel constituye un ejemplo de libro de una auténtica alianza, aunque sea informal, es decir, sin que sea necesario que Israel se integre en estructuras formales, como pueda ser la OTAN.



Pero el propio islam aparece fragmentado en dichos lares. De hecho, los Estados de la península arábiga, así como Siria y, en gran medida, el multicultural Líbano y Egipto, pertenecen a la subcivilización árabe, mientras que Irán encabeza una subcivilización diferente: la persa. La fractura sunita-chií no sería sino una derivada más de dicha fractura esencial, fuertemente arraigada en la historia y con implicaciones lingüísticas, unidas a las religiosas. Hay otros detalles, frecuentemente olvidados, como el carácter turco (a la postre, otra subcivilización) de la minoría azerí de Irán.

La fractura dentro del islam, en dicha región, ha sido bien aprovechada por Estados Unidos, sobre todo a través de los acuerdos de Abraham, que han acercado el mundo árabe (pero no el persa) a Israel. Sin embargo, la complejidad interna inherente al mundo islámico alcanza su máxima expresión en la región analizada, también por otros motivos, adicionales a los ya expuestos. Son los siguientes:

Por una parte, aparece la fractura dentro del sunismo: wahabismo árabe frente a los Hermanos musulmanes, fuertes en Turquía, así como en Qatar. Con el matiz adicional de que, recordémoslo, Arabia se constituyó en Estado independiente, precisamente, contra el imperio otomano. De hecho, sus relaciones con Qatar son tradicionalmente malas. Pero se han visto agravadas, en los últimos 30 años, debido a la presencia militar turca en ese pequeño país del Golfo.



En ese sentido, ni siquiera podemos obviar que Hamás también encuentra en la Hermandad el núcleo principal de su discurso y de sus adeptos.

Por otra parte, las ramificaciones de la influencia iraní son muy grandes, en toda la región. No solamente (aunque también, desde luego) a través de Hezbollah, pues en su día dicho grupo armado juró lealtad al Ayatollah de turno. Más allá de ello, lo cierto es que en la práctica totalidad de los países de la península arábiga hay suculentas minorías chiitas. No menos del 15% de la población de Arabia Saudita es también chií. Como lo son los hutíes del Yemen. Lo mismo sucede, con porcentajes ligeramente distintos en Kuwait, Emiratos o el propio Qatar. Omán, por su parte, es ibadí (una tercera rama del islam, con el 75% de su población) pero se ha venido situando más cerca de Irán que de Arabia. Mientras que la población chií es claramente mayoritaria en Bahrein. Como también lo es en algún Estado colindante a dicha península, como Irak. La derrota y destitución de Saddam Husein puede, en ese sentido, traer malas consecuencias a Estados Unidos. El cuadro general expuesto muestra que los tentáculos de Irán son, potencialmente, muy importantes, incluyendo una no desdeñable capacidad de desestabilización de la mayor parte de sus vecinos.



Por último, la presencia del colectivo kurdo, cuya diáspora se reparte entre los Estados más importantes de la región (Irán, Irak, Siria y Turquía) añade un plus de complejidad. La tentación de todos los actores es armar a los kurdos en su propio beneficio. El problema estriba en que, cualquier tentativa de ese tipo, lógicamente, puede molestar a los demás Estados por cuyo territorio se mueven los kurdos.

En síntesis, una cuña occidental (Israel) en un mundo musulmán, a su vez dividido, con una propensión de la parte árabe, de matriz wahabita, pactar con Occidente y de la parte persa, chiita, a no hacerlo. Y con la incógnita de la parte turca, más vinculada a los hermanos musulmanes.

La apuesta es tan fuerte como delicada: profundizar en la fractura del islam, de la mano de Israel, frente a la hipótesis de que ello contribuya a forzar un realineamiento del mundo musulmán, unido, contra Occidente. Hay algún indicio. Porque los datos disponibles indican que la minoría persa-sunita iraní (que la hay) estuvo al lado del régimen de Jamenei en la “Guerra de los 12 días”, y no hay datos que indiquen lo contrario, al menos por el momento, en esta segunda ofensiva judío-estadounidense.

¿Y la UE? Como siempre, dividida: es incapaz de comportarse como un actor, es decir, con un único discurso. Sánchez va a lo suyo. Pero eso, sin dejar de ser importante, no es novedad.

Parece más relevante que Francia, gestos aparte (está claro que Irán tiene preocupaciones más importantes que Chipre, donde, además, ataca comarcas de soberanía británica) se pone del lado de Líbano, en plena ofensiva de las IDF. La política francesa fue tan pro árabe, durante buena parte de la Guerra Fría, y después, que Israel tenía que poner motores norteamericanos a células de cazabombarderos franceses, ante la negativa de París a cooperar en la defensa de Israel (así nació el Kfir). No creo que Francia vaya tan lejos. Pero muestra, por enésima ocasión, la incapacidad de la UE para actuar con una única voz, sea cual sea esta.





EL ESTRECHO DE ORMUZ

Fernando del Pozo

Almirante (ret) y analista de seguridad internacional del Instituto para el Bien Común Global

Desde el punto de vista del comercio marítimo, el Estrecho de Ormuz tiene dos peculiaridades en relación con los principales pasos estrechos del mundo (Malaca, Gibraltar, La Mancha, Bab-el-Mandeb, los estrechos daneses y turcos, y por supuesto, los canales de Panamá y Suez). La primera, que comparte con las entradas al Báltico y al Mar Negro pero de manera más acusada, es que accede a un mar relativamente pequeño, o en otras palabras, no es una conexión entre las grandes vías de navegación ni tiene alternativa. La segunda es que este pequeño mar (llamado Golfo, Persa o Árabe) está especializado en productos energéticos. Prácticamente lo único que circula por él es petróleo y derivados (20% del tráfico mundial total) y gas natural licuado o GNL (otro 20% del total).



Esto a su vez significa que el tráfico a través de Ormuz es casi todo de buques de gran tonelaje, nada menos que unos 2.000 buques al mes (parece ser que en los días inmediatamente anteriores al estallido de las hostilidades el tráfico llegó a alcanzar los 140 barcos al día, es decir el doble de lo habitual). Traducido a barriles, el tráfico es de unos 20 millones de barriles al día.

Alternativas por mar a la exportación no hay, por lo tanto. Sólo hay un oleoducto árabe hasta el Mar Rojo, y otro de los Emiratos hasta el Golfo de Omán, pero en total no llegan más que a la cuarta parte del flujo por mar. Otros exportadores, como Irak, Kuwait, Catar (este último el mayor exportador de GNL de la zona) y el propio Irán dependen totalmente del tráfico por barco.

El impacto de su cierre en la economía mundial es por lo tanto fácilmente imaginable. Aunque la mayor parte de la energía que sale va al Lejano Oriente (83% del GNL, 60-80% del petróleo), en particular a China, India, Japón y Corea del Sur, el efecto en cadena en los precios es devastador. Europa, y en particular España, tiene fuentes alternativas, incluso mayoritarias en tiempos normales (EEUU, Noruega, Argelia, Nigeria), pero la presión del mercado hace que estos también suban, afectando a prácticamente cualquier rama de la economía. Además, esto está ocurriendo al final del invierno, cuando las reservas nacionales tienden a estar más bajas, lo que añade presión alcista a los precios.



En su parte más estrecha tiene unas 20 NM de ancho (compárese con las 8 NM del Estrecho de Gibraltar, o las 16 NM del Canal de la Mancha), y, como ocurre hoy en día en todos los lugares de congestión de tráfico, está segmentado por dispositivos de separación del tráfico, que asignan un canal de 2 NM de anchura para la entrada (próximo a la parte norte o iraní, y otro igual para la salida en la parte sur.

El cierre, por tanto, al tráfico de este paso es muy sencillo: los barcos están al alcance no ya del radar, sino incluso de la vista de la costa, particularmente el tráfico de entrada, son blancos fáciles, y las armas para usar contra ellos son prácticamente cualquier cosa que

vuele, no son precisos misiles balísticos ni otras armas sofisticadas.

Pero el arma más eficaz para el cierre es un clásico y no vuela: el minado. Y precisamente el 10 de marzo el Gobierno de Irán - según la CNN - ha anunciado el minado de Ormuz, anuncio del que lo único sorprendente es que no se hubiera hecho antes. Su marina ha quedado muy reducida, pero los medios de minado son muy simples, poseen minadores en relativa abundancia, y se calcula que por ahora sobreviven más del 80% de embarcaciones capaces de ello, las técnicas son perfectamente accesibles.

Tienen varios miles de minas, muchas de ellas bastante simples y de origen soviético, pero eficaces, y también modernas. Pero incluso con un número pequeño de minas el impacto es enorme.

El desminado puede ser cuestión de pocos días o de meses dependiendo entre otras cosas de si los cazaminas están siendo hostigados o no. Pero en todo caso la caza es siempre muy lenta y, como media, se puede aceptar que se puede limpiar 1 milla cuadrada por barco y día, por lo que el número de unidades dedicadas es crucial. Pero ello depende de las características del fondo, la batitermia, la visibilidad del fondo (los robots necesitan ver) y la probabilidad de limpieza exigida (debe ser por encima del 90%, pero cuanto más probabilidad se busca, el esfuerzo aumenta desproporcionadamente).

Así pues, el eventual desminado es una operación penosa, que probablemente consumirá semanas o más bien meses. Eso si las hostilidades cesan, porque una operación de desminado bajo el fuego enemigo requeriría una arriesgada decisión de las potencias implicadas, que no parece probable que tomen. Eventuales operaciones de reminado, nada descartables si el desminado se hace antes de acabar las hostilidades, complicarían además sobremanera la operación.



La OTAN, sin EEUU que sólo tiene ocho cazaminas, dispone de 153. Un pequeño número de ellos, entre 10 y 20, están organizados de manera rotativa en dos fuerzas de medidas contraminas, llamadas *Standing NATO Mine Countermeasures Groups One & Two*, que habitualmente operan en el Báltico y el Mediterráneo y Mar Negro, respectivamente. Desplegarlas en la zona para operaciones de desminado sería una decisión del Consejo Atlántico, debidamente asesorado por el Comité Militar y con planes de SACEUR (que seguramente estará ya elaborando). No parece que debiera haber dificultades para alcanzar el consenso de los Aliados en esto, pues el problema afecta a todos.

Si la OTAN no se quiere ver involucrada, pero sí la Unión Europea, 126 de esos 153 cazaminas son europeos, y el adiestramiento recibido en esas fuerzas ha sido recibido por igual. La cadena de mando, sin embargo, habría que improvisarla, pues la UE no la tiene de manera permanente.

Las marinas aliadas también disponen de helicópteros MH-53, de medidas contraminas, pero no añaden mucho a la capacidad antes descrita.





EL EJE MOSCÚ-TEHERÁN

Francisco Pascual de la Parte

Embajador e investigador de seguridad del Instituto para el Bien Común Global

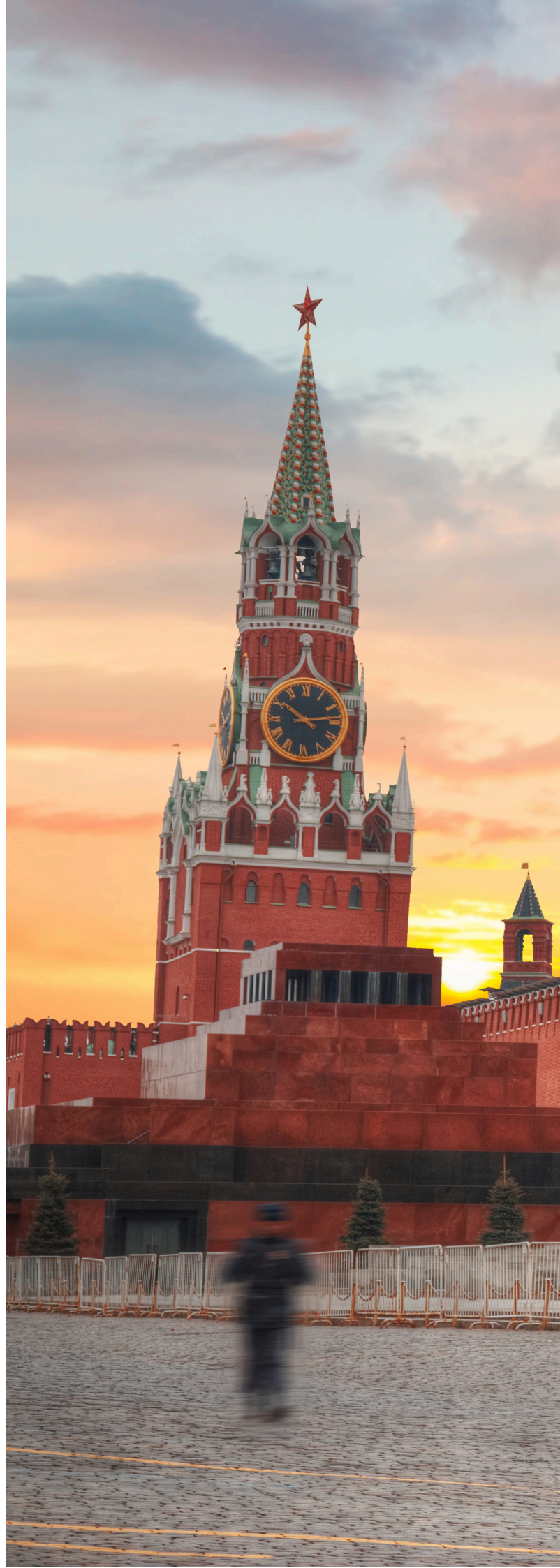
Rusia e Irán comparten el “estatus” de países sancionados por Occidente y el objetivo de expulsar del Golfo a EEUU y sus aliados. Tras la anexión de Crimea y las sanciones occidentales, Rusia buscó aliados para romper su aislamiento internacional y reafirmar su posición como potencia mundial. Irán fue el primero en la lista.

Este acercamiento culminó en el Tratado de 2025 de Asociación Estratégica Integral. Aunque este acuerdo no establece una alianza militar que permita hablar de “eje Moscú-Teherán”, comporta obligaciones de alineamiento político ruso-iraní en el plano internacional (ONU, BRICS y Organización del Grupo de Shanghái) y en el bilateral (cooperación técnico-militar y transferencia tecnológica en defensa antiaérea, producción de drones y misiles, entrenamiento militar y ejercicios navales conjuntos).

Si Rusia pudo mantener la ofensiva en Ucrania de 2022, fue debido, en gran parte a los drones iraníes.

De pronto, todo eso cambió. Hasta hace dos semanas, la atención internacional se concentraba en la guerra de Ucrania, caían los ingresos rusos por exportación de hidrocarburos y la UE evaluaba un fortalecimiento de las sanciones a Rusia, cada vez más aislada. Entonces, llega oportunamente para Rusia la guerra de Irán. Su invasión de Ucrania ya no es foco de atención, sus hidrocarburos vuelven a ser demandados, su enviado especial, Kiril Dimitrev, es recibido en Washington para tratar del levantamiento de las sanciones, su financiación de la ofensiva contra Ucrania se recupera, la ayuda de EEUU al gobierno de Kiev se recorta o se detiene, y se crea con ello el entorno ideal para que el Kremlin se lance a otra aventura.

Por eso, la “discreta” reacción rusa ante la ofensiva de EEUU e Israel a Irán el 28.02.2026 tiene sus razones : a) Putin necesita a Trump como mediador inútil en unas “negociaciones” con Ucrania que le permiten ganar tiempo, continuar impunemente la agresión y cargar sobre Kiev y la UE la imagen de la intransigencia, b) Putin precisa urgentemente fondos para financiar su maquinaria bélica, mediante alivio de sanciones y atracción de capitales americanos en suculentos proyectos conjuntos, c) Putin ve con agrado que Trump continúe la destrucción del orden mundial basado en reglas (que él inició invadiendo Ucrania). Así puede mostrar que “todos hacen lo mismo”,





d) Putin ha decidido aprovechar, mientras dure, una oportunidad única e irrepetible: una presidencia de EEUU tolerante con sus crímenes de guerra y disruptiva del vínculo transatlántico.

Con ello, Rusia nos muestra que sus necesidades presupuestarias y sus objetivos estratégicos son algo mucho más perentorio que exhibir la solidaridad con Irán que tan solemnemente proclama el Tratado de Asociación Estratégica Integral.

Cierto que Putin puede haber proporcionado a Irán información de inteligencia sobre localización de fuerzas de EEUU en el entorno del Golfo, pero confía en que Trump lo entienda como justa compensación por la inteligencia que EEUU proporciona a Kiev sobre los efectivos rusos en Ucrania: “ambos nos tenemos cogidos, así que no nos hagamos daño”.

Sin embargo, esa transferencia de inteligencia rusa a Irán puede tener un efecto inesperado: el facilitar ataques iraníes al territorio e infraestructura petrolera y gasística de las monarquías del Golfo, unido al boqueo iraní del Estrecho de Ormuz, aumentará la demanda de hidrocarburos rusos en detrimento de los de Kuwait, Bahrein, Omán, Catar, y Emiratos. Estos considerarán hostil la actuación rusa y responderán en consecuencia. Máxime cuando han facilitado a Rusia en el pasado sortear las sanciones, obtener residencias seguras para sus élites, y aprovechar su hospitalidad para albergar conversaciones tripartitas sobre Ucrania.

En este marco ¿qué perspectivas se ofrecen al tándem Rusia-Irán?

En caso de victoria de la ofensiva americano israelí, Rusia perdería el aliado más valioso que le queda, y se demostraría que ser aliado de Rusia no sirve de mucho en estos momentos. Además, EEUU controlaría más del 50% de las reservas probadas de hidrocarburos del Planeta, lo que sería decisivo en su rivalidad con China y letal para los ingresos del régimen ruso, que se vería obligado a admitir algún tipo de arreglo en Ucrania. Esta salvaría su estatalidad y atraería grandes flujos de capitales para su reconstrucción. En Oriente Próximo, se produciría un vuelco de poder en favor de Israel y de los regímenes sunnitas de Arabia Saudí, monarquías del Golfo y afines, frente a los chiitas de Irán, Hutíes, Irak, Hezbollah y Hamás (sunnita pero alineado con Irán).

En el caso de fracasar la ofensiva (o se prolongase) EEUU se desgastaría y acabaría por retirarse parcial o totalmente del escenario, lamiendo sus heridas y afrontaría una crisis interna dominada por el desprestigio del “Trumpismo” y el ajuste de cuentas. El prestigio de Irán y Rusia aumentaría y el tándem Moscú-Teherán se fortalecería. Las defensas ucranianas, exhaustas y privadas de asistencia financiera y militar, deberían combatir con menos medios. Si se derrumbaran, las atrocidades de las tropas rusas ya observadas en la zona de Ucrania bajo su ocupación, se repetirían en el resto del país a escala mucho mayor, pues también es mayor el ansia de venganza.





Una ingente multitud de refugiados ucranianos se pondría en marcha hacia una UE que, muy en su estilo, ni siquiera ha pensado en prepararse para tal eventualidad. Los miembros europeos de la OTAN verían su seguridad comprometida, al no haber aprovechado los 4 años que les regaló Ucrania con su sangre para completar a tiempo su autonomía estratégica y al no poder hacerlo ahora por estar sumidos en una profunda crisis financiera, económica, de identidad y energética. En esta, Rusia se ofrecería a “ayudar”...exigiendo vasallaje, por supuesto. Oriente Próximo se tornaría un polvorín, alimentado por venganzas de unos contra otros, con un millón de libaneses desplazados. Ryad y Teherán se afanarían en dotarse del arma nuclear lo antes posible e Israel se vería inmersa en una alarma permanente de atentados terroristas.





LAS CONSECUENCIAS DOMÉSTICAS DE LA FURIA ÉPICA DE TRUMP

Pedro Francisco Ramos Josa

Analista de seguridad internacional del Instituto para el Bien Común Global

En su primer mandato como Presidente de Estados Unidos, Donald Trump se esforzó por desmarcarse de sus predecesores en todos los ámbitos, pero especialmente en materia de política exterior, y en concreto del intervencionismo que había enredado a la nación en guerras sin fin de forma irresponsable. De hecho, en su discurso de despedida aseveró estar “especialmente orgulloso de ser el primer presidente en décadas que no ha empezado nuevas guerras”, ya que, siendo fiel a su *America First*, “nuestra lealtad no es hacia los intereses especiales, las corporaciones o las entidades globales; es hacia nuestros hijos, nuestros ciudadanos y hacia nuestra nación misma”.

En todo caso, Trump, lejos de profesar un ingenuo pacifismo, siempre buscó esa paz a través de la fortaleza, recuperando la fórmula ochentera de Ronald Reagan. Tras perder las elecciones de 2020 contra Joe Biden y recuperar la Casa Blanca en 2024 frente a Kamala Harris, Trump sorprendió más a propios que a extraños con un enfoque mucho más intervencionista que en su primer mandato. Su discurso político no había cambiado sustancialmente a lo largo de los años y su coalición electoral permanecía intacta, con el movimiento MAGA como amalgama de la nueva mayoría republicana. Pero en apenas un año tras su nueva toma de posesión, y antes de lanzar su Furia Épica contra el régimen de los Ayatolás, Trump había ordenado ataques en 6 países (Nigeria, Somalia, Yemen, Siria, Irak e Irán), a los que habría que sumar su propio Corolario a la Doctrina Monroe y que ha implicado el bombardeo de narcolanchas en el Caribe y el Pacífico y la operación de captura y detención del presidente venezolano Nicolás Maduro, sin olvidarnos de las amenazas sobre Groenlandia y Colombia.

No es la primera vez en la historia estadounidense que un presidente sufre una transformación tan drástica en su política exterior. Jimmy Carter llegó a la Casa Blanca bajo la promesa de dejar atrás el legado realista de la etapa Nixon-Ford, pero su defensa de los derechos humanos pronto dejó paso al inicio del rearme militar y de la ayuda a los muyahidín tras la invasión soviética de Afganistán y la toma de rehenes en la embajada de Teherán.



Por su parte, George W. Bush inauguró su presidencia bajo una estrategia unilateral rayana en el aislacionismo, alejada completamente del intervencionismo humanitario y de la construcción de naciones de Bill Clinton, sólo para verse enfrascado en dos ocupaciones, Afganistán e Irak, tras los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 y el lanzamiento de su Doctrina de Ataque Preventivo. A ninguno de los dos presidentes les fue bien, y ambos abandonaron la Casa Blanca con el mismo índice de popularidad, un exiguo 34%.

Y llegamos de nuevo a Irán y la operación iniciada el 28 de febrero junto a Israel, aunque cada gobierno la denomine a su manera, Rugido del León en Jerusalén y Furia Épica en Washington. Y como ha sucedido en tantas ocasiones en el pasado, la Administración Trump ha dado diversos motivos para justificar semejante alejamiento de sus promesas electorales. El propio presidente Trump, junto a sus Secretarios de Estado Marco Rubio y de Guerra Pete Hegseth, han recurrido a un amplio repertorio de pretextos, desde la participación de Irán en los intentos de asesinato sobre Trump a la obligación de acabar con su programa nuclear, pasando por la defensa del pueblo iraní ante la represión del régimen, la necesidad de acompañar a Israel en unos ataques que iba a efectuar con o sin Estados Unidos o el castigo al régimen por su exportación de inestabilidad y financiamiento del terrorismo internacional.





Esa variedad a la hora de legitimar los ataques sobre Irán nos recuerda a los días previos de la invasión de Irak en 2003, pero no sólo eso, presupone la falta de un objetivo claro en la operación, ¿dañar esta vez sí de forma definitiva la capacidad militar iraní para que deje de ser una amenaza regional? ¿Acabar con su programa nuclear definitivamente? O algo más ambicioso aún, ¿provocar un cambio de régimen que prive de un valioso aliado a Moscú y Pekín? Nadie en la Administración Trump lo ha dejado claro, no ya al resto del mundo, ni siquiera a los propios estadounidenses, y eso puede provocar un seísmo político que haga estallar el movimiento MAGA, y con él la coalición electoral que le ha apoyado incondicionalmente desde 2016.

En efecto, el intervencionismo de Trump 47 ya ha provocado sonoras deserciones en lo que no hace mucho tiempo se describía como un culto al líder sin fisuras. En el ámbito mediático, Tucker Carlson, uno de los comentaristas políticos conservadores más populares, ha tachado el ataque a Irán de “repugnante y malvado”, mientras el pasado noviembre, la congresista Marjorie Taylor Greene abandonaba su puesto tras perder la confianza de Trump precisamente por criticar su aventurismo exterior. Su salida del partido ha visualizado el conflicto existente entre MAGA y *America First*, y ella ha misma ha lanzado un nuevo eslogan, AFAO, es decir, *America First and Only*, como nueva señal de identidad para los descontentos con la política exterior de Trump.

Con unos índices de popularidad cercanos a los de Carter y Bush 43 cuando abandonaron la Casa Blanca, Trump se enfrenta a un panorama sombrío si no es capaz de resolver de forma satisfactoria su apuesta en Irán. No sólo se trata de lograr sus objetivos, cualesquiera que él decida que sean, sino de que las repercusiones de la guerra no redunden en los bolsillos de las clases populares estadounidenses, las mismas que en las elecciones de medio mandato del próximo noviembre determinarán si sigue contando o no con su confianza.





IMPLICACIONES PARA CHINA

Álvaro Tejero

Analista del Instituto para el Bien Común Global

La reacción china al ataque de Estados Unidos e Israel a Irán trae de vuelta el peligro de la proyección. Como ya pasó con Venezuela, a algunos le parece que China ha abandonado a sus aliados y que su influencia y poder prueban ser tigres de papel. Sin embargo, hay que aceptar que China tiene una visión del mundo y una estrategia distinta de la occidental.

No comportarse como lo haría Occidente una y otra vez no es señal de impotencia, sino de la futilidad de este enfoque. Y es que entre China e Irán (añádase Rusia y Corea del Norte) no hay eje y no hay alianza, y entre ellos lo saben. Hay un entendimiento de intereses comunes con claros límites y sin obligaciones.

Si hay “alianza”, no es solo entre los “lobos feroces”; hay un apetito global de reformar el orden internacional para ser más representativo de la realidad. La cuestión de quién desafía el orden internacional, que siempre fue inadecuada, ya no tiene la respuesta políticamente útil, y esta no ha sido nunca solo cosa de Trump. A la luz de esto, debe replantearse toda la concepción de la estrategia global china.

Puede que en la mente de algunos en EEUU (sin duda no la de Trump) todo sea parte de un plan maestro para dominar la energía fósil, eliminar proveedores de China, abrir mercados,

recursos naturales y mano de obra alternativos. EEUU tendría así casi total autonomía, recursos para lanzar su reindustrialización y habría eliminado dependencias que constreñirían su comportamiento internacional. A la larga, podría revalidar su hegemonía y traer de vuelta la unipolaridad tras “ganar” la competición con China.

No es discutible que Pekín ve el ataque a Irán como negativo para sus intereses, pero solo a corto plazo. La posible disrupción de la economía global no beneficia a nadie (quizás solo a Rusia) así que su impacto no es particular a China.



China importa en torno al 13% de su petróleo de Irán, comprado sobre todo por refinerías independientes y de pequeña escala. Sin embargo, la tendencia de esta importación es a la baja. Sin embargo, de Oriente Medio en general, China importa en torno a la mitad de su petróleo. Por otro lado, China siempre tiene la opción de comprar más crudo a una siempre cooperativa Rusia y ha amasado unas reservas considerables. Dejando de lado la rapidez de la transición energética en China, es revelador que China no ha ni planteado posibles medidas de emergencia para ahorrar energía como otros países de la región.

Donde queda por ver el impacto de esta guerra es en la arquitectura estratégica regional. China no tiene todos sus huevos en la misma cesta. Los estados del Golfo, sobre todo Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos se han posicionado como grandes importadores de infraestructura verde china, a la vez que siguen importando tecnologías de vanguardia de EEUU. Tras la guerra, estos estados tendrán que plantear si redoblar su apuesta por la relación con EEUU (e Israel) o buscar una estabilidad regional que incluya a Irán. La primera situación ya estaba probando ser beneficiosa también para China, pero la segunda lo sería incluso más al tener los estados del Golfo más margen de maniobra y necesidad de recubrir necesidades de seguridad y tecnología.

En definitiva, es crucial deshacerse de los marcos analíticos simplistas y vagos sobre la política exterior china. Esta siempre ha comprendido que EEUU es un adversario formidable y, sobre todo, peligroso. Nunca ha dudado de su pericia operacional. Sin embargo, entiende también que su comportamiento internacional es contraproducente, pues merma la verdadera base de su poder: la percepción de benevolencia. China está contenta de sobrellevar contratiempos, cuyas raíces ya estaba remediando en su desarrollo interno, a cambio de más indicaciones de que pese a sus enormes problemas internos el tiempo está de su lado.



OPERACIÓN ISRAELÍ LEÓN RUGIENTE CONTRA IRÁN: ESTRATEGIA, OBJETIVOS Y DINÁMICA DE UNA CAMPAÑA CONJUNTA

Carlos de Alcázar

*Analista del Centro de Seguridad Internacional del Instituto del Bien
Común Global de la Universidad Francisco de Vitoria*

Introducción

El 28 de febrero de 2026, Israel y EEUU lanzaron una ofensiva contra objetivos estratégicos dentro de Irán. La campaña recibió dos denominaciones distintas: operación León Rugiente en Israel y operación Furia Épica en EEUU. La operación, ejecutada de forma conjunto-combinada, tiene objetivos estratégicos que no son completamente idénticos.

Para Israel, la Operación “León Rugiente” representa una acción preventiva destinada a eliminar amenazas existenciales: el programa nuclear iraní y su creciente arsenal de misiles. Para EEUU, el ataque se inscribía dentro de un marco estratégico más amplio, centrado en preservar la estabilidad regional, proteger a sus aliados y reafirmar su liderazgo militar.

Irán respondió con misiles y drones contra Israel y bases estadounidenses, mientras proxys de Teherán - especialmente Hezbolá - intensificaron sus ataques desde el Líbano. La operación representa la culminación de una larga confrontación estratégica entre Israel e Irán, caracterizada durante décadas por guerra indirecta, sabotaje, ataques encubiertos y confrontación regional. Como consecuencia de esos ataques, crece la posibilidad de una acción terrestre, en el marco de esta operación, en el sur del Líbano.

La rivalidad estratégica entre Israel e Irán

Las relaciones entre Israel e Irán han evolucionado desde una rivalidad ideológica hasta una confrontación estratégica directa. Irán ha construido una amplia red regional de proxys, que incluye Hezbolá en el Líbano, milicias chiíes en Irak y grupos armados en Siria y Yemen. Este entramado ha permitido proyectar influencia y presión militar sobre Israel, sin enfrentarse directamente.

El programa nuclear iraní se ha convertido en el eje central de la disputa. Para Israel, un Irán con capacidad nuclear militar alteraría radicalmente el equilibrio de poder regional y podría amenazar su supervivencia. Esta percepción explica la doctrina israelí de negación nuclear, que ya se aplicó en el pasado con los ataques israelíes contra reactores nucleares en Irak (1981) y Siria (2007).



Preparación y planificación de la operación

La operación no fue improvisada. Su planificación se desarrolló durante meses. La campaña ha requerido la coordinación de múltiples dominios operativos: inteligencia estratégica y táctica, guerra electrónica, operaciones aéreas de largo alcance, ataques de precisión y operaciones cibernéticas. En su fase inicial, unos 200 aviones israelíes participaron en ataques contra cientos de objetivos militares iraníes, en lo que constituye la mayor operación aérea de la historia de la Fuerza Aérea israelí. EEUU aportó apoyo adicional mediante inteligencia de satélites, vigilancia estratégica y sistemas de defensa antimisiles. Aunque Israel desempeñó el papel principal en la fase inicial, la participación estadounidense fue decisiva, con proyectiles de alta penetración y misiles de gran potencia, esenciales para atacar infraestructuras nucleares altamente fortificadas.

Objetivos estratégico-militares de la operación León Rugiente

1. Neutralizar el programa nuclear iraní

El principal objetivo israelí era terminar de degradar o destruir la infraestructura nuclear iraní, atacando instalaciones de enriquecimiento de uranio, centros de investigación nuclear y las infraestructuras logísticas vinculadas al programa nuclear. Destruir completamente el programa nuclear iraní mediante ataques aéreos es extremadamente difícil.



Muchas instalaciones se encuentran profundamente enterradas o dispersas en múltiples ubicaciones.

2. Destruir la infraestructura de misiles

Irán posee uno de los arsenales de misiles balísticos más grandes de Oriente Medio. Estos misiles constituyen una amenaza directa, ya que pueden alcanzar ciudades israelíes y transportar cargas convencionales o potencialmente nucleares. La campaña aérea incluyó ataques contra bases de lanzamiento de misiles, fábricas de producción, depósitos de almacenamiento y sistemas de mando y control. El objetivo era reducir la capacidad iraní de lanzar ataques masivos contra Israel.

3. Golpear la estructura del régimen

Una dimensión especialmente significativa de la operación fue el ataque contra objetivos relacionados con la estructura religiosa, política y militar del régimen iraní. Entre los objetivos de alto valor se encontraban altos cargos religiosos como Jamenei, militares de alto rango y ministros del régimen. Todo ello para desorganizar la cadena de mando iraní y aumentar la presión sobre el sistema político. También, se atacaron instalaciones del Cuerpo de la Guardia Revolucionaria Islámica, centros de mando militar y complejos de seguridad del régimen.





Respuesta iraní, escalada regional e impacto militar inicial

Irán lanzó inmediatamente ataques con misiles y drones contra objetivos israelíes y contra bases estadounidenses en varios países del Golfo. Al mismo tiempo, Hezbolá ha intensificado sus ataques desde el Líbano, lo que abrió un nuevo frente en el conflicto. La estrategia iraní refleja su doctrina de guerra asimétrica, basada en el uso combinado de misiles, drones, ciberataques y proxis. Los primeros análisis indican que hay daños significativos en las capacidades militares iraníes. Entre los objetivos destruidos o dañados podemos incluir: sistemas de defensa aérea, bases de misiles, instalaciones militares y centros de mando. Cientos de objetivos militares fueron atacados durante las primeras fases de la operación. Sin embargo, numerosos analistas advierten que Irán conserva una capacidad significativa para continuar la guerra.

¿Una operación limitada o una campaña prolongada?

Estamos en las primeras fases de una campaña más amplia, que tampoco debería prolongarse en el tiempo. El objetivo estratégico podría ser la degradación progresiva de las capacidades militares iraníes, el debilitamiento del régimen y quizás su cambio. Se intenta aumentar gradualmente los costes para Irán, hasta modificar su comportamiento o provocar cambios internos. Sin embargo, Irán está resistiendo a los ataques israelíes y estadounidenses, en una guerra de acción y reacción, con aumento de represalias.

Conclusión

La operación lanzada por Israel representa uno de los episodios militares más importantes en la historia reciente de Oriente Medio. Aunque es una campaña conjunto- combinada entre Israel y EEUU, ambos países persiguen objetivos estratégicos parcialmente distintos.

Para Israel, el objetivo central era y es eliminar una amenaza existencial. Para EEUU, la operación también busca reafirmar su credibilidad estratégica, mantener el equilibrio regional y buscar un nuevo Oriente Medio. El desarrollo del conflicto demuestra que la confrontación entre Irán e Israel, EEUU y sus aliados árabes ha entrado en una nueva fase, cuyas consecuencias podrían redefinir la arquitectura de seguridad de Oriente Medio durante décadas.





LOS LÍMITES DEL PODER AÉREO

José Antonio del Castillo Masete

Analista del Centro de Seguridad Internacional

Instituto del Bien Común Global - Universidad Francisco de Vitoria

"Nunca una intervención militar, únicamente aérea, ha conseguido los objetivos que se han señalado en la operación Furia Épica"¹.

EMAD: El Poder Aéreo es la capacidad de proyectar fuerza militar en el aire o espacio, o desde una plataforma o misil que opere por encima de la tierra. Implica el control y la explotación del entorno aéreo para lograr objetivos de seguridad.

¹ Jesús Argumosa Pila: La guerra en Irán y la fatiga estratégica de EE.UU.

Toda regla tiene su excepción, y en 1.999 la operación *Allied Force* de la OTAN, forzó la retirada de las fuerzas Yugoslavas de Kosovo sin una invasión terrestre. Esta operación ha sido reconocida como la primera guerra ganada solamente por el poder aéreo. Y este ejemplo trae a colación una ausencia notable en el caso de EE.UU. e Israel: la utilización de bombas de grafito sobre Belgrado, que funcionan liberando filamentos de carbono extremadamente finos sobre las subestaciones eléctricas y líneas de alta tensión, lo que provoca cortocircuitos masivos y apagones, sin destruir físicamente la infraestructura.

La constatación de la realidad de que un solo poder difícilmente podría asumir la ejecución de la misión, se vio materializada en el concepto predominante alrededor del cambio de siglo de operaciones conjuntas y combinadas, al que recientemente se une el dominio cognitivo a la teoría del entorno multidominio, como en el ahora amortiguado conflicto de Gaza, donde todos los telediarios occidentales abrían con la cuenta creciente de bajas civiles, especialmente mujeres y niños; su incorporación está alcanzando una dimensión más relevante que la información sobre el propio desarrollo de las operaciones.





Se llegan así a determinar las decisiones políticas de forma indirecta, no siempre coincidentes con el escolástico proceso de asignación de objetivos, e incluso la elección de armas en función de sus efectos, como en el uso de las prohibidas aunque eficaces bombas de racimo por parte de Irán.

Todo planeamiento de operaciones comienza con las hipótesis, que en base a la inteligencia proporcionada por CIA, Mossad y Shinbet, reconocidos tope de gama, permiten determinar la estrategia para alcanzar los objetivos pretendidos.

En este caso han sido suficientemente publicitados los ambiciosos objetivos de planeamiento: 1. eliminar las existencias y capacidad de producción de misiles y drones; 2. cancelar la posibilidad de desarrollo de armas nucleares; y 3. el cambio de régimen. De entrada, los dos primeros objetivos son idóneos para el poder aéreo, pero en el último solamente podría jugar un papel de cooperador.

En el conflicto de Ucrania, EE.UU. y por ende Israel, han tenido oportunidad para discriminar la realidad sobre las capacidades rusas, en todo lo referente a guerra electrónica y defensas tierra-aire, por lo que la capacidad de penetración en Irán de las plataformas furtivas asumía de entrada riesgos asumibles.

El planeamiento y ejecución de las operaciones de las fuerzas aéreas de EE.UU. e Israel están siguiendo el proceso escolástico: en primer lugar se ha de desarrollar la batalla aérea, pero enfrente se han encontrado una fuerza aérea reducida y obsoleta. Simultáneamente, se lleva a cabo la supresión de las defensas antiaéreas (SEAD), empezando por los sensores de vigilancia, adquisición y seguimiento, los misiles SAM y baterías antiaéreas. El único riesgo remanente por tanto son los misiles I/R lanzados desde el hombro (MANPADS) que limitan las operaciones a baja altitud.

El esfuerzo principal se está dedicando ahora a la persecución de los objetivos político-estratégicos, en una 2ª fase en la que los bombarderos furtivos B-2 operando desde EE.UU. y lanzando costosos misiles stand-off y bombas MOP de 20.000 lb, van siendo sustituidos por bombarderos B-1B y B-52 desde el UK, con bombas bunker buster y JDAM, mucho más económicas.

Tras comprobar la ineficacia de la operación aérea inicial de descabezamiento del régimen, así como la rapidez para su substitución, junto a la correcta aplicación por Irán de la teoría del mosaico para la diseminación en 31 centros autónomos de mando y control, parece recomendable el regreso a las hipótesis para desarrollar estrategias alternativas.

Ciertos aspectos de la operación son mantenidos fuera de la atención de los medios; pero es indudable su potencial impacto en la sombra: en primer lugar, hay que resaltar la persistente sequía que afecta gravemente a gran parte del territorio, como factor de inestabilidad, que provocó los disturbios violentamente reprimidos; así EE.UU. atacó la planta desalinizadora de Qeshm, e Irán a su vez atacó otra en Barhein. Asimismo, es conocida la falta de cohesión entre el IRGC y el Ejército Regular; una forma de potenciar esa vulnerabilidad puede ser la neutralización preferente de los objetivos del IRGC.

Al cierre de este trabajo, según evoluciona la situación, los puntos cuyo agravamiento parece hacerlos contrarios a una rápida solución, son:

1. El bloqueo del estrecho de Ormuz: EE.UU. ya ha solicitado a China y a los países del G7 la participación en su apertura. Pero si se resolviera este bloqueo, se activarían los hutíes para cerrar al tráfico en Bab-el-Mandeb.
2. El ataque a las instalaciones petroleras en la isla de Kharg provocaría el correspondiente iraní a los otros países del Golfo, y supondría una catástrofe energética mundial, especialmente en los países asiáticos.



3. La campaña terrestre en el sur del Líbano y su posible impacto sobre Siria, así como la interferencia con la misión FINUL.
4. La extensión a Iraq supondría una ampliación del conflicto con riesgos estratégicos muy superiores.

Conclusión

Como conclusión, las antes conocidas como operaciones específicas, en las que participaban componentes de una sola de las Fuerzas Armadas, salvo casos muy especiales, hoy se puede afirmar que todas las operaciones son multidominio.

Aunque las fuerzas aéreas tienen ventajas especiales para los políticos, por la limitación de bajas propias, la ejecución de determinadas misiones como fuerza única queda fuera de su alcance.

En este conflicto asimétrico, la economía de nuevo juega un factor preponderante.

"If we lose the war in the air, we lose the war and lose it quickly."

2

2 Field Marshal Montgomery (Highlighting that while airpower is essential, it alone cannot win)





EL GOLFO EN LLAMAS: EL DILEMA DE LA “PROTECCIÓN A CAMBIO DE ACCESO”

Sonia Sánchez

Vicedecana de Internacionalización de la Universidad Francisco de Vitoria

La guerra entre Estados Unidos, Israel e Irán iniciada en el marco de las operaciones Furia Épica y Rugido del León el pasado 28 de febrero ha situado nuevamente a las monarquías del Golfo en una posición estratégica delicada. Lo que comenzó como una operación militar con objetivos ambivalentes centrada en degradar las capacidades militares iraníes, pronto se extendió a toda la región del Golfo Pérsico, golpeando a actores que, aunque no habían participado de manera directa en la planificación o ejecución de la operación bélica, se han convertido en objeto de ataques persistentes por parte de Teherán. Ello ha supuesto la ejecución de una de las piezas clave de la doctrina de la disuasión iraní, consistente en amenazar a actores clave que, por su territorio, infraestructuras energéticas y bases militares, se han convertido en uno de los espacios centrales de la confrontación.



Desde la creación del Consejo de Cooperación del Golfo en 1981, integrado por Arabia Saudí, Kuwait, Emiratos Árabes Unidos, Bahréin, Omán y Qatar, las monarquías árabes se convirtieron en rivales estratégicos del Irán republicano postrevolucionario y desde la Guerra del Golfo de 1991, coincidiendo con el establecimiento de bases militares norteamericanas en la región, en parte de la ecuación de la disuasión iraní.

La amplia red de instalaciones militares estadounidenses, que incluye la Quinta Flota en Bahréin o la base aérea de Al Udeid en Qatar, su mayor instalación militar en Oriente Medio, situó a estos Estados en el dilema estratégico conocido como la “protección por acceso” en el que, a cambio de obtener la garantía de seguridad que brinda el paraguas militar norteamericano, se convertirían en epicentros de su proyección de poder en la región mediante el acceso a su territorio, afianzándolo como el principal estabilizador externo frente a la amenaza expansionista del Irán de los ayatolás.

Sin embargo, la guerra actual está revelando las tensiones inherentes a ese modelo. Lejos de funcionar únicamente como un escudo protector o fortalecer su capacidad de disuasión, la presencia militar estadounidense ha convertido a estos Estados en objetivos indirectos de la estrategia coercitiva iraní, atacando bases militares, infraestructuras energéticas y objetivos civiles en varios países del Golfo.

Estos Estados representan objetivos de alto valor para Irán no sólo por albergar nodos clave de la arquitectura militar estadounidense, sino por su posición geográfica en el centro del sistema energético mundial, ya que tanto el Golfo Pérsico como el estrecho de Ormuz, constituyen un punto de estrangulamiento (choke point) del comercio internacional de petróleo y gas, convirtiéndolo en un espacio crítico y disruptivo de la economía global.

La capacidad económica y energética de estas monarquías les otorga una influencia desproporcionada, que eleva el coste de la agresión estadounidense e israelí a Irán, ya que su estabilidad es esencial para los mercados energéticos internacionales y para el sistema financiero regional.

Ante esta situación, las monarquías del Golfo han adoptado una estrategia de equilibrios y contrapesos. Por un lado, desean continuar dependiendo de la protección estadounidense. Qatar, por ejemplo, ha reafirmado recientemente su intención de reforzar la cooperación en defensa con Estados Unidos tras concluir que, aunque la escalada con Irán haya dañado la capacidad de disuasión qatarí, la alternativa no es eliminarla, sino profundizarla. Por otro lado, estos Estados han tratado de evitar ser objeto de la escalada horizontal iraní evadiendo una implicación directa en la guerra mediante una relativa neutralidad. Emiratos Árabes Unidos, por ejemplo, ha insistido reiteradamente en la necesidad de desescalar el conflicto y ha subrayado que su territorio no será utilizado para lanzar ataques contra Irán, pese a haber sufrido ataques contra infraestructuras civiles.

En este contexto, la guerra con Irán ha puesto de manifiesto el dilema estructural al que se enfrentan las monarquías del Golfo. Su modelo de seguridad depende de potencias externas, pero esa misma dependencia los convierte en pivotes estratégicos y en campos de batalla de rivalidades geopolíticas encarnizadas.





En esta trama inestable, estas monarquías se encuentran atrapadas entre tres imperativos contradictorios: mantener la protección estadounidense; evitar convertirse en el frente principal del conflicto y preservar la estabilidad regional necesaria para sus proyectos de desarrollo económico.

Es por ello por lo que, en los últimos años, varios Estados del Golfo han intentado reorientar su política exterior hacia una diplomacia multivectorial, diversificando sus alianzas e intentando una détente con Irán. Algunos ejemplos recientes han sido el acercamiento saudí a Irán mediado por China en abril de 2023, lo que refleja tanto un intento de desescalar tensiones regionales como de incorporar a nuevas potencias en la arquitectura de seguridad del Golfo; la restitución del embajador emiratí en Teherán en 2022; o el papel mediador de Qatar y Omán en las negociaciones sobre el levantamiento de las sanciones a Irán a cambio de garantías de su programa nuclear. La intensificación de sus relaciones con Rusia o China y su participación como invitados en formatos como los BRICS, suponen una clara tentativa de maximizar su autonomía estratégica en un contexto internacional más multipolar y cambiante. Sin embargo, su dependencia estructural del paraguas de seguridad estadounidense los hace vulnerables a conflictos que se escapan a su control, situándolos en un dilema existencial propio de las alianzas asimétricas: el coste inasumible de ser abandonados o el precio irrefrenable de ser arrastrados a conflictos que no han elegido.



LA GEOECONOMÍA DE ORMUZ Y LA ESTANFLACIÓN

José Luis Moreno, economista

Profesor UFV. Analista económico y empresarial, autor de Geoeconomía estratégica, editorial ESIC.

Los conflictos bélicos y la economía no se llevan bien en las relaciones largas. La mayoría de los aspectos que implica una guerra son muy negativos para la marcha de la economía de las familias no solo del área directamente implicada sino de todas aquellas otras que tienen relaciones comerciales.

En la actual guerra de Irán, por la estrategia de internacionalización de los Ayatolás que busca sobrevivir al coste que sea, se ha visto implicada inicialmente toda el área del Golfo Pérsico y acto seguido el resto del mundo tan vulnerable y dependiente de los 20 millones de barriles de crudo diarios que transitaban por el Estrecho de Ormuz.



Lo mismo para aquellos que dependen de las cadenas de suministro del gas natural licuado (GNL) de Qatar, 21 % de la producción mundial, o de los productos químicos como el 45 % de la nafta para plásticos, el amoníaco, el 44 % del azufre, el 22 % de urea para los fertilizantes, que representan en la zona un 13% del comercio mundial, necesarios para las cosechas de países poblados como la India o Brasil. Pero también del 33 % del gas helio imprescindible para la fabricación de semiconductores para la IA. Y un gran país afectado, China, que ha disparado la demanda de carbón, y que compraba el 90 % de la producción de Irán a través de la estratégica Isla de Kharg que es la principal terminal petrolera de Irán, cuyas instalaciones militares ya han sido bombardeadas por los EE.UU. como aviso al régimen autocrático de lo que ocurrirá si no se llega a un acuerdo.

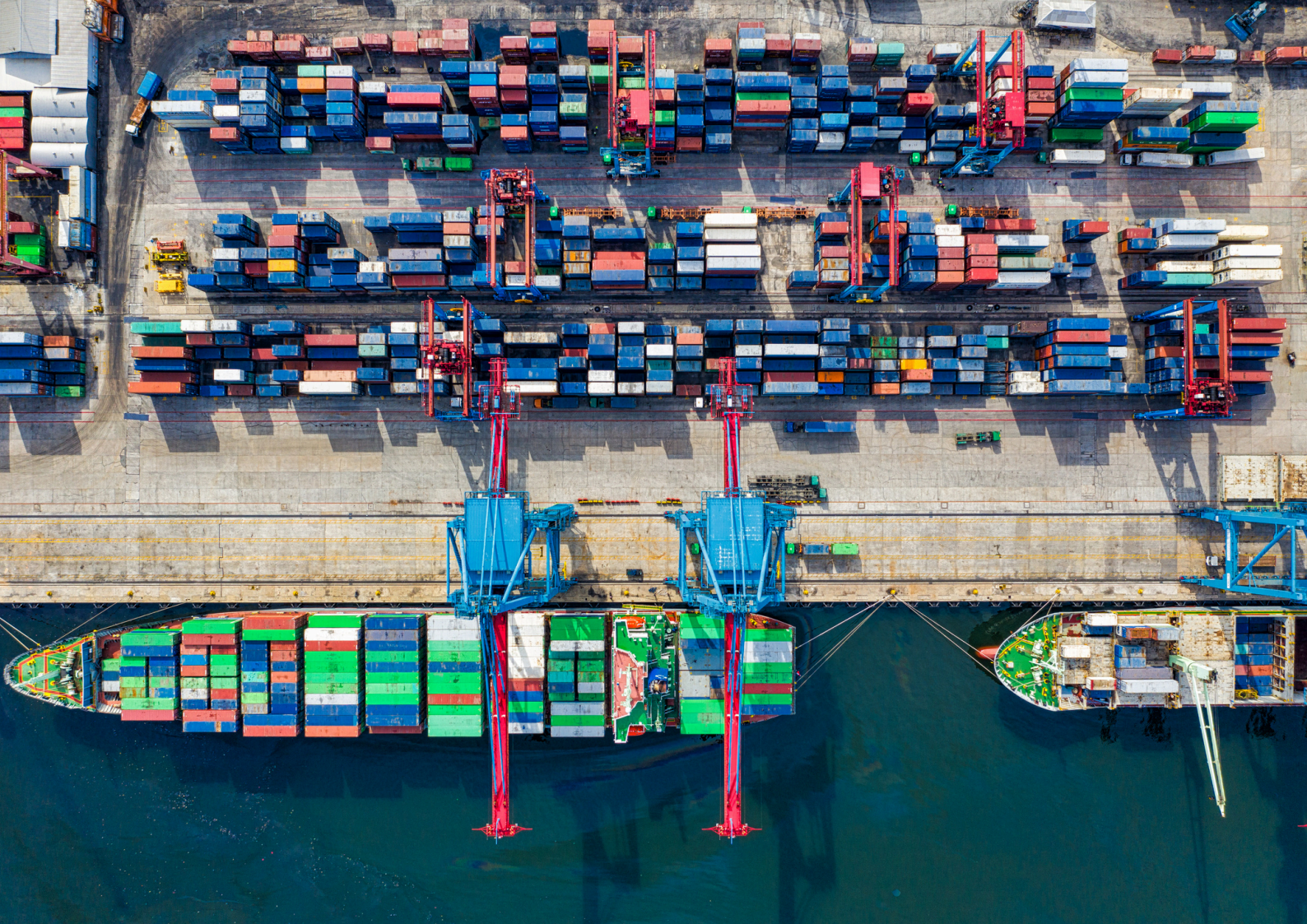
Se trata de la mayor amenaza global a la seguridad energética en décadas pese a estar en marcha la transición verde. Irán ha atacado el centro de producción de Ras Tanu en Arabia Saudí y a una planta gasística en Bahrein. Israel respondió bombardeando las instalaciones de Asaluyeh y los yacimientos de gas natural de South Pars los mayores del mundo. Qatar energy ha confirmado el ataque recibido a sus instalaciones conjuntas con Shell de GNL en Ras Laffan, las terceras productoras del mundo. La previsión es que al menos 12 meses serán necesarios para recuperar la producción en Qatar que ha visto volatilizar en unas horas el 9 % de su PIB. Los precios del gas convierten a la producción de la industria italiana y alemana en insostenible.

Adicionalmente Teherán ha decidido dificultar para sus enemigos con minas y ataques con drones a barcos altamente inflamables, el paso por el Estrecho de Ormuz, un cuello de botella por el que transita una cuarta parte del crudo y del gas mundial, declarando además ilegítimos todos los intereses económicos y tecnológicos en la región, incluyendo como objetivos militares los vulnerables sistemas de refrigeración de los centros de datos con una potencia instalada de más de 648 MW, y las infraestructuras civiles como los aeropuertos. Esta estrategia híbrida de Irán, combinación de restricciones internas con amenazas externas, ha dejado a los países del Golfo muy expuestos frente a drones y misiles balísticos.

Es una guerra asimétrica, donde se evidencian las graves vulnerabilidades de las infraestructuras críticas, especialmente de las telecomunicaciones soportadas en 17 cables submarinos, del acceso a internet y de la industria de la inteligencia artificial de un gran área financiera y tecnológica emergente hiperconectada con Nueva York y Londres como lo es todo el Oriente Medio.

Irán ha dirigido sus ataques cinéticos y cibernéticos contra Stryker, los centros de datos y los sistemas de telecomunicaciones en el Golfo Pérsico, instalaciones de Amazon Web Services en Emiratos Árabes Unidos y en Bahréin en marzo de 2026, afectando a los servicios en la nube que sirven a los países del área. También se ha atacado a Microsoft cuya plataforma Azure permitía gestionar la operativa de la OTAN sobre 5G, así como facilitar numerosos servicios del Departamento de Defensa de los EE. UU o de instituciones financieras internacionales en la zona ahora amenazadas directamente con armas de guerra. La nube atacada afecta de lleno, además, a la ambiciosa inteligencia artificial soberana, Pax Silica, de los Emiratos, de Arabia Saudí y de Qatar. Las multimillonarias inversiones de Microsoft, AWS, Google y Oracle, se estaban realizando a buen ritmo pensando que estaban operando en un entorno estable para el desarrollo de una infraestructura digital permanente.





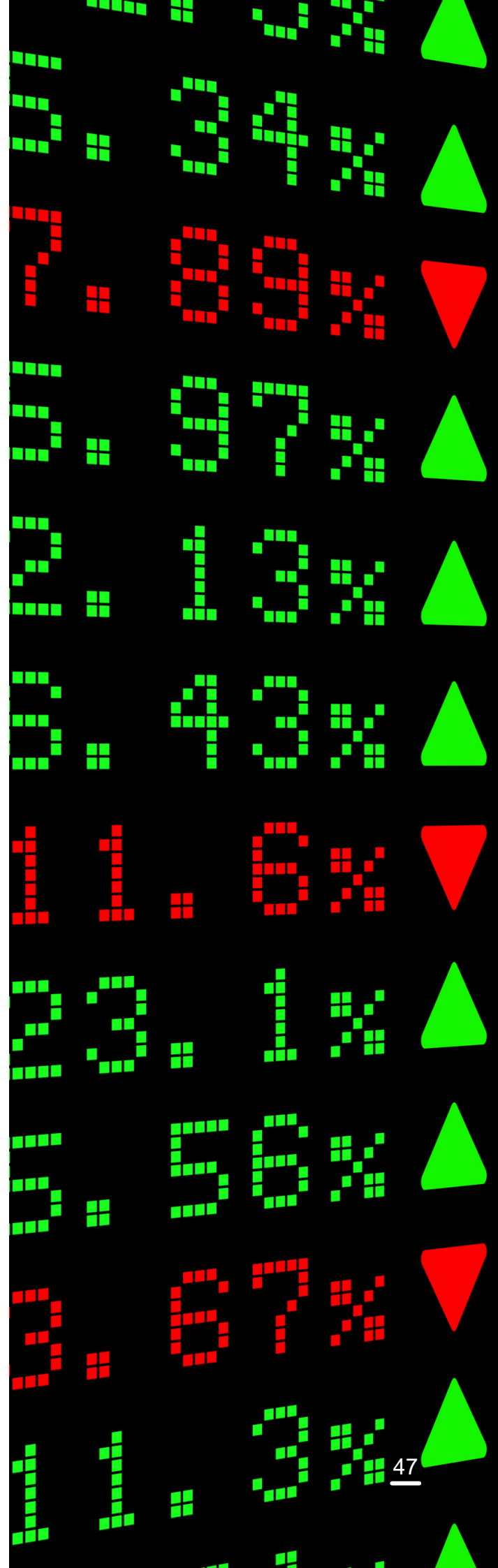
Y ya no es el caso. La realidad es que la guerra física está anulando las infraestructuras digitales. El conflicto actual nos está demostrando que, en un escenario de guerra moderna, internet y las telecomunicaciones no son meros servicios civiles, sino objetivos geoeconómicos prioritarios cuya fragilidad puede prolongar el aislamiento económico y operativo de los países de la zona durante meses, afectando la actividad de miles de empresas en todo el mundo. La disrupción del comercio regular en el Estrecho de Ormuz es muy grave y ya está afectando a las cadenas de suministro, a la industria de los fletes marítimos que suponen el 90 % del comercio mundial y de sus seguros, Lloyds declaró un vencimiento de las primas existentes, elevando además el coste del transporte que se suma a la subida del precio del combustible.

El resultado de esta ecuación está claro, tensión en los mercados, un aumento de la incertidumbre y la volatilidad, se produce además una subida de los precios del crudo, de los bienes, servicios y de la temible inflación por un claro shock de oferta causado por un shock energético como vía directa de transmisión. Afectará al precio de los bienes básicos como la alimentación o la ropa. La gravedad de la crisis depende de dos factores clave, la duración del bloqueo del tráfico marítimo en la zona y el impacto sobre el mercado de las infraestructuras de producción y refinado de crudo que vayan siendo destruidas por la guerra.

Los Bancos centrales están viendo la subida de la rentabilidad de los bonos soberanos, y pueden tener la tentación de subir los tipos de interés para controlar la inflación prevista, con el riesgo de afectar al crecimiento. Y ese movimiento de ajuste al alza de tipos mal ejecutado o realizado antes de tiempo puede dar la puntilla a las principales economías generando la temida recesión o incluso estanflación, la subida de precios sin crecimiento de la economía.

Por eso es clave observar con mucho cuidado las implicaciones económicas de la situación cambiante del conflicto, no equivocando los plazos en un mar de volatilidad.

Si la guerra dura entorno a los tres meses, la decisión tomada por la Agencia Internacional de la Energía, la sexta en su historia, de liberar las reservas estratégicas de petróleo de 400 millones de barriles para compensar la interrupción del suministro, habrá resultado suficiente para que el barril del petróleo no escale de los 100 dólares actuales, que es el umbral psicológico no alcanzado desde agosto de 2022 y que a los inversores pone muy nerviosos y por lo que están recorriendo al dólar como activo refugio. Otro aspecto clave es el coste de la guerra para los EE.UU. y cómo afectará al desequilibrio actual de sus cuentas públicas y al gran nivel de endeudamiento actual en un contexto geoeconómico donde Rusia queda como el gran ganador de la crisis al volver a vender mayores cantidades de crudo, a mayor precio y con una nueva influencia geoeconómica renacida





LA AMENAZA HÍBRIDA DEL RÉGIMEN IRANÍ

Marcial Piriz

Presidente del Observatorio de Terrorismo y Crimen Organizado de la UFV

El pasado 28 de febrero, y como consecuencia del ataque conjunto de EE. UU. e Israel contra Irán, dio comienzo la Tercera Guerra del Golfo (las dos primeras fueron en 1990 - tras la invasión de Kuwait por Iraq- y 2003, con la intervención de EE. UU. contra el régimen de Sadam Hussein), aunque algunas analistas hablan de que sería la Cuarta si se incluye el conflicto bélico irano-iraquí en la década de los ochenta del siglo pasado.

Sin embargo, la República Islámica ya estaba inmersa, desde hacía décadas, en un conflicto híbrido contra Occidente y sus aliados mediante la ejecución de operaciones de injerencia, influencia y comunicación persuasiva orquestadas por sus servicios de inteligencia. En este sentido, conviene reseñar que en un escenario multipolar como el actual, Irán como potencia regional y económica –integrante de la OPEP y de los BRICS (de los que forman parte Arabia Saudí y EAU, países atacados por Irán)- juega un papel clave en el eje Moscú-Teherán-Pekín.

Conviene reseñar que esas operaciones en la «zona gris» pretenden perjudicar intereses occidentales, singularmente de Israel y EE. UU., a través de medios diversos y estrategias pluridimensionales sincronizadas en los ámbitos económico, político, diplomático, securitario, sociocultural, cognitivo o ciberespacial.

Los servicios de inteligencia del Ministerio de Inteligencia y Seguridad (VAJA) y del Cuerpo de la Guardia Revolucionaria Islámica (CGRI) recurren a diferentes instrumentos para implementar su estrategia híbrida -tácticas no convencionales que buscan desestabilizar a Occidente sin cruzar el umbral de una guerra abierta- entre los que destacan los actores hostiles no estatales y grupos u organizaciones proxies.

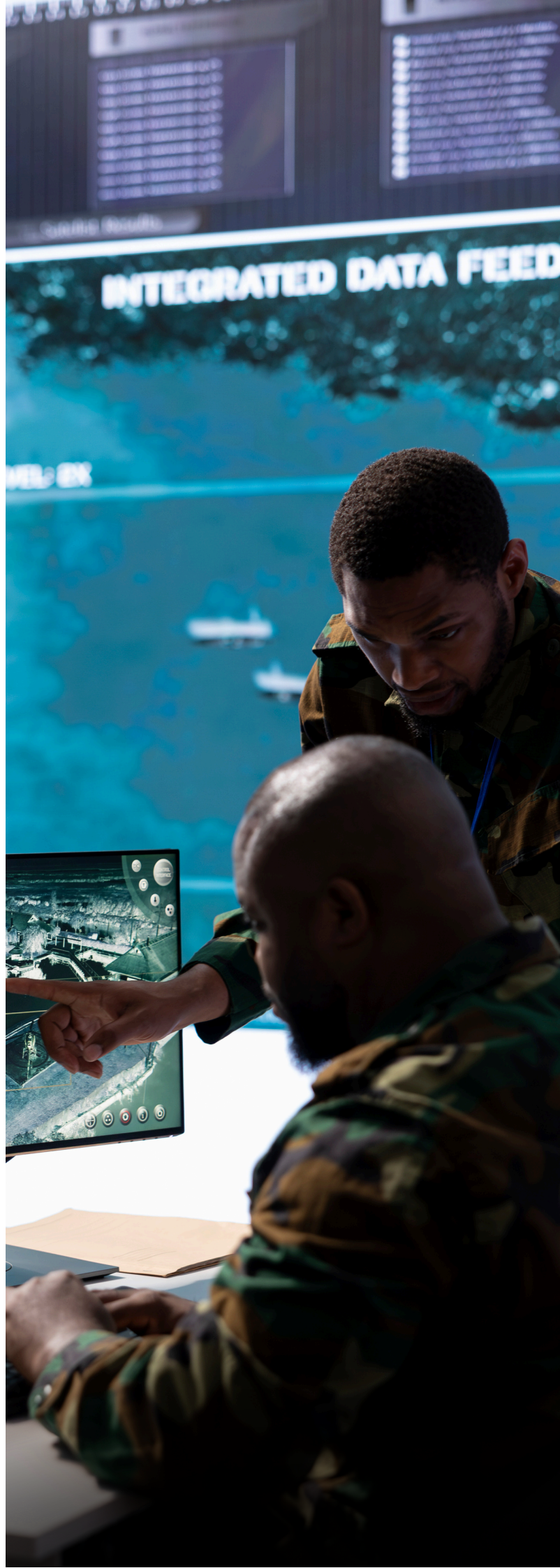
Este tipo de acciones asimétricas se han intensificado notablemente entre 2023 y 2026, evolucionado hacia una mayor sofisticación tecnológica y la externalización de la violencia, siendo sus principales manifestaciones:

Las acciones cinéticas del VAJA y del servicio de inteligencia (SAS) o la Fuerza Qods del CGRI que englobarían atentados terroristas (como las masacres contra la embajada de Israel y la Mutua Israelita en Buenos Aires, en 1992 y 1994 respectivamente; en las torres de Khobar en Arabia Saudí contra soldados de EE. UU.; o en Bulgaria, contra un autobús de turistas israelíes), sabotajes y otros ataques disruptivos contra personas de la diáspora iraní o disidentes políticos de la organización Muyahidines del Pueblo-MEK



(tentativa de atentado con bomba organización Muyahidines del Pueblo-MEK (tentativa de atentado con bomba en las inmediaciones de París en 2018), ASMLA (grupo separatista árabe de la provincia petrolífera de Juzestán), Movimiento Monárquico o intelectuales (como Salman Rushdie, escritor británico-estadounidense que ha sufrido varios intentos de asesinato por el régimen teocrático tras dictarse una fetua contra él por blasfemia, en 1989), activistas proderechos humanos y feministas.

2. El uso como *proxies* o ejecutores por delegación de organizaciones criminales o actores individuales, reclutados a través de plataformas sociales para dificultar la atribución de la autoría intelectual, como las redes delincuenciales conformadas por individuos de origen iraní -las suecas Foxtrot, Rumba y el clan Zindahsti o la danesa Loyal to Familia (acciones contra intereses israelíes y estadounidenses)- o la nebulosa neerlandesa denominada Mocro Maffia, responsable del intento de asesinato del expolítico español Alejo Vidal-Cuadras, en Madrid en noviembre de 2023, y de los crímenes de dirigentes del MEK y ASMLA.
3. El Eje de la Resistencia orquestado por la Fuerza Qods del CGRI es la red de alianzas políticas y militares con las que la dictadura de los ayatolás proyecta su influencia en Oriente Medio para contrarrestar el poder de EE. UU. e Israel.



En principio, esta alianza de confesión chií, estaba compuesta por los regímenes de Irán y Siria (hasta el derrocamiento del régimen baazista en diciembre de 2024), el partido Hezbolá en Líbano, las milicias chiítas de la Resistencia Islámica de Irak -Organización Badr, Kataeb Hezbolá y Asaib Ahl al Haq-, el movimiento huti de Ansar Allah en Yemen, grupos yihadistas -de credo suní- en Gaza y Cisjordania como Hamás o la Yihad Islámica Palestina y otras formaciones menores como el marxista y laico Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP) y las Brigadas de los Mártires de Al Aqsa (escindidas de Fatah, núcleo central de la actual Autoridad Palestina).

4. Igualmente, la República Islámica desarrolla numerosas acciones en el ciberespacio contra infraestructuras críticas -los grupos de hackers Handala Hack, vinculado al VAJA, y APT35-, interferencias en procesos electorales, robo de información para erosionar la confianza en las instituciones, ataques mediante wipers (software malicioso de borrado de datos) y falsos ransomware (secuestro de datos) o interrupción de servicios (como en los JJ. OO. de París).

También y en el marco de sus estrategias de desestabilización geopolítica y social, Irán utiliza una vasta red de trolls y bots para crear una red de noticias falsas y deepfakes generados por inteligencia artificial generativa, saturar el ciberespacio con narrativas antioccidentales o movilizar a la diáspora persa o chií (reciente asalto al consulado de EE. UU. en la ciudad paquistaní de Karachi).



Además de las operaciones reseñadas y como consecuencia de la guerra, la teocracia iraní está activando represalias asimétricas -a través de las capacidades militares disruptivas de la Guardia Revolucionaria (CGRI) o del entramado de grupos afines- mediante el ataque a infraestructuras energéticas, bases militares occidentales o la interrupción del tráfico marítimo por el estrecho de Ormuz.

Como quiera que Teherán está dispuesto a sacrificar el bienestar económico y la seguridad de su población en aras de proteger a la revolución, difícilmente renunciará de forma voluntaria a continuar empleando herramientas híbridas contra Occidente.



EL NO A LA GUERRA DE ESPAÑA

Ignacio Cosidó

Presidente del Instituto para el Bien Común Global

España se ha posicionado en el conflicto en Oriente Medio como el país europeo más crítico con el ataque de Estados Unidos e Israel y el que más contundentemente se ha opuesto a la guerra. Una oposición que se ha traducido no solo en condenas reiteradas a la operación sino en la negativa del Gobierno español a permitir la utilización de las bases norteamericanas en la península ibérica para llevar a cabo cualquier operación relacionada con los ataques a Irán. Nuestro país mantiene además el embargo de armas decretado a Israel con motivo de la guerra de Gaza y ha cesado a la embajadora de España en Israel. El efecto de esta posición española resulta irrelevante sobre la evolución del conflicto, pero esta radicalidad está exacerbando la crisis en la relación con la administración Trump, supone un paso más en la confrontación diplomática con Israel y nos deja en una posición más aislada en la Unión Europea. El coste para nuestros intereses nacionales en el medio y largo plazo puede ser alto.



La prohibición española al uso de las bases de Rota y Morón tensa aún más una relación con Washington que estaba ya muy deteriorada. La negativa del presidente Sanchez a cumplir con el compromiso de la cumbre aliada en La Haya de llegar al 5% del PIB para Defensa, a pesar de haber firmado la declaración conjunta, había indignado al presidente estadounidense hasta el punto de amenazar con la expulsión de España de la Alianza Atlántica. La negativa ahora al uso de las bases conjuntas ha llevado a Trump a plantear además “cortar todo comercio” con nuestro país e incluso la posibilidad de trasladar las bases norteamericanas a otros países.

Eugene Kontorovich, analista de la Heritage Foundation planteaba en el Wall Street Journal que España fuera incluida en la lista del Departamento del Tesoro de países que participen o cooperen en un boicot internacional contra Israel, una lista creada por la enmienda Ribicoff en la Ley de Reforma Fiscal de 1976. Estar en la lista no es perjudicial en sí mismo, pero provoca consecuencias fiscales para las empresas estadounidenses que operan en los países que se encuentren en ella.

La posición del Gobierno español sobre el conflicto bélico en Irán supone a su vez una escalada en el conflicto diplomático con Israel.

A finales de 2025 el gobierno de Sánchez ya cortó cualquier comercio relacionado con la defensa con Israel. El gobierno también prohibió una amplia categoría de materiales y productos y combustibles de doble uso, incluyendo su mero tránsito a través de España desde terceros países. Además, Madrid cercenó cualquier comercio con empresas israelíes en los "Territorios Palestinos Ocupados". El presidente del Gobierno español llegó a afirmar el 10 de septiembre de 2025 que "España, como saben, no tiene bombas nucleares ... Nosotros solos no podemos detener la ofensiva israelí. Pero eso no significa que no vayamos a dejar de intentarlo." Tras esa afirmación, el primer ministro israelí, Benjamín Netanyahu, acusó a Sánchez, de lanzar una "flagrante amenaza genocida" contra Israel. El posterior cese de la embajadora española en Israel el pasado 10 de marzo hizo subir más la tensión. El ministerio de Exteriores de Israel ironizó en un mensaje difundido en redes sociales ironizó con los apoyos recibidos por el Ejecutivo español: "Cuando Hamas y el régimen iraní conforman el mayor club de fans del presidente del Gobierno español, el pueblo español debería preguntarse por qué".

Con estas decisiones España se ha convertido en el país de la Unión Europea que más radicalmente se ha posicionado en contra de la intervención militar en Irán, junto a Irlanda y Bélgica, mientras que las principales potencias europeas como Alemania, Francia o Reino Unido no han condenado tan explícitamente la operación e incluso han permitido un uso limitado de sus bases. Esto coloca a España al margen de la centralidad europea en este conflicto.





A pesar de su retórica antiguerra, el gobierno español envió una fragata para reforzar la seguridad en Chipre y el Mediterráneo oriental bajo el marco de asistencia mutua europea tras el ataque de misiles por parte de Irán a una base británica en ese país. Sin embargo, España no está entre los 22 países que firmaron un comunicado exigiendo a Irán la inmediata reapertura del Estrecho de Ormuz. Esta declaración, que si fue firmada por los principales socios de la Unión Europea (Reino Unido, Francia, Alemania, Italia y Países Bajos) además de otros aliados como Australia, Japón o Corea del Sur, señala que los países firmantes están dispuestos "a contribuir a los esfuerzos apropiados para garantizar el paso seguro por el Estrecho." Por el contrario, España fue uno de los países de la UE que con mayor determinación se opone a ampliar la operación Aspides, que actualmente vigila la libertad de navegación en el Mar Rojo, al Estrecho de Ormuz.

El enfrentamiento de Sanchez con Estados Unidos e Israel quizá pueda proporcionar al Gobierno algún rédito político interno aprovechando la oposición mayoritaria a la guerra en la opinión publica española, pero puede tener consecuencias negativas tanto desde un punto de vista económico y estratégico como en una mayor debilidad de nuestra posición en el seno de la OTAN y una progresiva marginalización en la Unión Europea. A largo plazo puede implicar además un mayor riesgo geopolítico respecto a potenciales amenazas en nuestro flanco sur.



cbcg@ufv.es
@ufvmadrid

+34 91 709 14 00
ufv.es

Ctra. Pozuelo - Majadahonda. Km 1,800
28223 Pozuelo de Alarcón (Madrid)

Síguenos en RRSS para no
perderte nada
Instagram: @biencomun_ufv

Únete a nuestro canal
de difusión de WhatsApp:

